

Cuento

La viudez

Raúl Padrón Villafañe¹

Con la viudez, el primer cigarrillo de las mañanas de Felisberto se convirtió en una costumbre triste. Camina a la tienda de la esquina, compra los consabidos dos marlboros, como si Sole continuara allí, y regresa al pórtico de su casa para encenderlos seguiditos, aspirándolos con prisa y pensando en ella, deseando soltar con cada bocanada de humo los recuerdos. Intenta, después, hablar solo sobre las cosas del día anterior, como hacía con ella, decirle que se había despertado en la madrugada y había pasado diez minutos mirando al gato de los vecinos dar golpecitos en la ventana, porque empezaba a serenar y lo habían dejado afuera. O que se está acabando la leche y es un horror lo cara que se ha puesto, y que quiere proponerle que empiecen a controlar el consumo de café con leche usando pocillos más pequeños, Igual te puedes tomar los que quieras, corazón, pero en vasos más chiquitos para que nos rinda más. Pero estas conversaciones no llegan muy lejos, porque siempre antes de lo mejor se encuentra con las miradas inquisidoras de los vecinos, y peor aún, con la vergüenza de estarse convirtiendo en el viejo loco de la calle.

Otra cosa es que Felisberto se puso barrigón, como un macho embarazado. Y esto lo atormenta. No es claro por qué ha ocurrido esto, si sigue comiendo lo mismo. Es la edad, papi, le ha dicho Sandra, que también recomienda que cambie la leche entera por descremada y coma clara de huevo en el desayuno, porque el amarillo de las yemas solo presagia problemas. Pero él sabe que no es un problema con la ingesta de alimentos sino con la evacuación. Las palabras que no puede decir en las mañanas se le acumulan en las tripas, y, en las noches, cuando se gira para dormir de lado, se le resbalan y remueven haciendo un ruido de dados. Por eso, la noche se le va mirando un programa viejo de cámaras escondidas del que entiende muy poco, pero que le ayuda a sumergirse en un sopor pestañeante del que

¹ Raúl Padrón Villafañe. Comunicador social. Magister en Creación Literaria. Docente de tiempo completo del Proyecto Institucional de Competencias Comunicativas. Correo: raul.padron@curnvirtual.edu.co

despierta cada dos minutos y no equivale al sueño completo de una noche, pero se le parece en la quietud.

Una noche abre los ojos y ve a su Sole en la pantalla. Tiene un vestido negro con estampados de frutas y un paraguas rojo. Está en Bogotá, quién sabe hace cuánto tiempo y un tipo se le acerca para pedirle que le cuide una caja, que tiene que buscar algo y ya mismo regresa. La Sole, siempre tan solícita, acepta sin pensarlo y se queda allí, de pie, bajo el sol inquietante con su paraguaitas entre las manos.

Un hombre contratado por el programa se acercó a ella y le pidió que le cuidara una caja mientras él iba a buscar algo a la vuelta; que tenía que ir corriendo y que qué pena con ella. Sole aceptó, la buena de Sole estaba de pie, bajo el sol inquietante. Los minutos pasan en cámara rápida y Sole no se mueve, apenas mira de vez en cuando su reloj. Entonces un policía, otro actor, le pregunta si la caja es suya, que justo dos calles más abajo se han robado una así con un televisor nuevo. La Sole, siempre tan amable, le dice que no es suya, que se la está cuidando a un amigo. Y que bien puede mirar lo que quiera, pero sin abrirla porque al dueño le puede dar rabia. El actor policía entonces replica que va a abrirla con su permiso o sin su permiso, y que como sea el televisor robado se la va a llevar para la cárcel por cómplice en el robo y por sinvergüenza.

Felisberto bosteza, le parece una broma estúpida, pero es lindo volver a verla. Le calienta el corazón y los dados de su vientre se aquietan. Se le cierran los ojos. Sole se sienta encima de la caja para que no la abran, porque ya debe estar regresando el dueño. La gente se reúne alrededor de ella y el policía. Algunos le dicen que no sea boba, que no pelee por algo que ni es suyo. Un señor dice que vio a su cómplice y que a la señora la conocen por el barrio como ratera. Pero una mujer dice que no es verdad, que a la vecina nunca la había visto. A lo que Sole dice, reafirmando su acento, que es veddá, que ella está de visita no más. Hay un hombre de saco azul que dice que el que nada debe nada teme, y que se deje revisar si es tan inocente. Las cosas se van calentando y el actor policía suaviza su tónica. Sole atina a decir que ya pronto vienen a buscarla que ojalá el dueño llegue rápido. Un hombre se acerca a la caja, la agarra por la esquina e intenta empujar a Sole.

Está a punto de llorar. Felisberto reconoce todas las señales. Tiene el labio inferior recogido, se toca el pelo insistentemente y se seca las manos en las piernas. Cuando el policía aparta al hombre de la caja, Felisberto se queda dormido. Lo despierta la luz del sol que entra por un resquicio de su ventana a las 8:43.

Quiero ver cómo termina todo. Nunca me contó que había salido en ese programa, le cuenta al paisa de la tienda, y este le sugiere que mande una carta al canal, que él ha visto que los sábados a las seis, cuando está abriendo el negocio, leen algunas cartas y les dan respuesta inmediatamente.

Felisberto, sin mucha fe, escribe la carta explicando que en el episodio transmitido tal día en la madrugada se encontró con la imagen de su esposa, y que quisiera tener una copia del capítulo. Omite mencionar que fue la última noche que pudo dormir bien y que la barriga le ha disminuido una talla; porque no quiere apelar a las emociones sino al sentido de negocio, dice estar dispuesto a pagar lo que sea necesario.

El canal responde prontamente y no a través del programa, que es más para quejas y comentarios, sino con una carta en que dicen, más o menos, que no están en libertad de compartir los episodios, pero que agradecen su sintonía y le recuerdan que en su app y la web tienen un amplio catálogo de programas y series para entretenerle en sus noches de desvelo. Concluyen ofreciendo sus condolencias por la pérdida.

Felisberto se lo cuenta a todo el mundo, repite la historia una y otra vez, día a día. Hay quienes lo escuchan y bajan la mirada y asienten. Otros le dicen que debió haberlo soñado. Un par escriben también cartas en su nombre pidiendo que le hagan entrega del capítulo al solitario viudo, y prometen boicotear el canal si no lo hacen.

Finalmente hay otra respuesta, ha pasado algo menos de un año cuando el nombre completo de Felisberto es mencionado en el programa de los sábados en la mañana. Dice la presentadora que aquel viejo programa de cámaras escondidas se ha vuelto viral de nuevo. Que llegan cartas a diario pidiendo su retransmisión y que para ella misma es a veces emocionante ver reflejada en la pantalla la vida más inocente de principios de siglo. Es un monumento histórico, afirma.

Unos días después, llega a la casa una carta informando que, por haber mostrado tanto interés en los programas de humor del canal, a Felisberto se le haría un 20% de descuento en la colección completa del programa de cámara escondida que ya se puede conseguir en librerías y tiendas de grandes superficies.

Aunque no es la respuesta que hubiera querido, Felisberto se abraza a ella y compra la colección, que consiste en una caja con un papel en el que están impresas las instrucciones y un código para acceder al contenido online. Tras una explicación sencilla de su hija, vuelve Felisberto a trasnocharse mirando uno tras otro, los capítulos buscando el rostro de su esposa. Al mismo tiempo, aunque él no lo sabe, las transmisiones de madrugada son reemplazadas por maratones del programa del ángel y la diablo.

No lo encuentra, Felisberto ve todos los episodios, pero no halla el que le interesa. Ni siquiera hay otras bromas similares. Escribe otra carta, pide explicaciones. No se las dan. Nadie se las da. La vida continúa y es como si su esposa siguiera alejándose, a pesar de todos sus esfuerzos, hacia el olvido.